

LA SIEGA



I

Regocijada multitud llena el pedregoso camino, que desde la salida de la calle del Angel, conduce al santuario que se eleva en la cumbre del cerro de la Bufa, de la ciudad de Zacatecas, en medio de los dos abruptos crestones que la coronan. A uno y otro lado, y de trecho en trecho, los vendedores de frutas ofrecen su mercancía en venta, á gritos y con hiperbólicos elogios. En la cima de la montaña, frente al atrio del templo, elevase una hilera de improvisadas fondas y cantinas, formadas con mantas sostenidas con postes. El incitante olor de los guisos atrae á muchos transeuntes, que con apetito meriendan picantes enchiladas y chorizos fritos, ó beben magnífica cerveza 'Carta Blanca.' Al rededor de humildes puestos, vése á la plebe saborear

con delicia la exquisita tuna cardona, y los muchachos, entusiasmados, vuelan por el aire, asidos á dos manos de las cuerdas de un volador, colocado cerca de la puerta Sur del atrio. Las bandas deleitan con sus alegres notas, y de vez en cuando, los cohetes hienden chispeantes los aires, ó estallan las "cámaras" con gran contentamiento de los chicuelos que gritan y saltan.

Repentinamente escúchase un clamor de júbilo.

—Allá vienen, exclaman muchas voces á la vez.

En efecto, dando vuelta á la esquina de la calle del Angel, aparece numerosa y ordenada comitiva: son los barreteros de la mina de "San Rafael," que en procesión se dirigen al templo. Va á la cabeza un empleado de categoría con un estandarte azul con flecos de oro; en el anverso ostenta la imagen de la Santísima Virgen, y en el reverso, hachas, picas, azadones y otros instrumentos de los mineros. Tras del porta-estandarte, varios empleados llevan en charolas ricos ornamentos, y en el centro van dos barreteros con un enorme arco de flores artificiales, blancas y rojas: son las ofrendas que presentarán á la Virgen. Siguen luego los demás empleados, que

marchan de dos en fondo, con velas de cera en la mano; ciñe la copa de sus anchos sombreros de palma un listón azul con esta inscripción: "Mina de San Rafael." La aparición de los mineros es saludada por la música con dianas y por la multitud con gritos y vítores.

El santuario de la Bufa está consagrado á la Santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora del Patrocinio, fué edificado por el conde de la Laguna en 1728, y reedificado por los católicos zacatecanos en 1794. La imagen ostenta corona imperial; tiene en la diestra una rosa y en el brazo izquierdo al niño Jesús, hermoso y sonriente. Esta imagen perteneció á uno de los conquistadores de Zacatecas, D. Diego de Ibarra; fué después del General Don Agustín Zavala, quien la donó al santuario; treinta años estuvo en la antigua iglesia de la Merced, después en el oratorio de la casa del conde de la Laguna, y cuando fué reedificada la capilla de la Bufa, se colocó en ella, con toda solemnidad el 10 de Septiembre de 1795. La imagen de la Santísima Virgen del Patrocinio está dibujada por mandato de D. Felipe II en el escudo de armas que concedió á la muy noble y leal ciudad de Zacatecas.

Anualmente celébrase en honor de la Virgen del Patrocinio, un suntuoso novenario, que comienza el seis de Septiembre. Los días se reparten entre varios gremios: éste toca á los comerciantes, aquél á los mineros, y todos compiten en la abundancia de fuegos artificiales, y en la profusa iluminación por la noche. Generalmente, sobresalen los días que tocan á las negociaciones mineras. Los mineros, por carácter ó educación, son pródigos, y gastan sin dudar cuanto tienen y aún más de lo que tienen. El día en que comienza esta historia, tocaba á la mina de San Rafael, y los barreteros habíanse empeñado, no sólo por religión sino también por amor propio, en que fuese el mejor de los del novenario, pues la sutil vanidad penetra atrevida hasta en los más piadosos actos.

La solemne procesión ábrase paso por entre la compacta muchedumbre, y penetra hasta el estrecho recinto del templo, donde el capellán espera á los romeros para recibir las ofrendas. Entre tanto, una familia sentada sobre las rocas, al pie del crestón grande, contempla el magnífico panorama de la ciudad y de la montaña al expirar la tarde de aquel día. El pintado caserío, donde descuellan muchos suntuosos edificios y la gran

diosa catedral, cubre la ancha cañada que forman las argentíferas montañas que circundan la ciudad, y no cabiendo en aquélla, trepa por las verdes faldas de los montes, formando angostas callejuelas é irregulares y pintorescos grupos de casitas. Hormiguea la gente en el camino, y mézclanse y confúndense todas las clases sociales, desde el humilde barretero envuelto en vistoso sarape y cubierta la cabeza con ancho sombrero de petate de alta copa y enormes alas, hasta el rico propietario correcta y lujosamente vestido que muestra en el antillar valiosos brillantes. Oyese el confuso rumor de aquella abigarrada multitud, y en intervalos las armonías de las músicas; en tanto las sombras de la noche van envolviendo la ciudad.

—Ya encendieron la luz, dijo María Teresa á su mamá, mientras D. Antonio, poniéndose en pie, arrojaba bocanadas de humo al fumar un exquisito cigarro metido en artística boquilla de ámbar.

En aquel momento la blanca luz de los focos eléctricos colocados en los ángulos del atrio, y de trecho en trecho, á lo largo del camino, iluminaron la montaña, y centenares de lámparas de áurea luz res-

plandecen en las cornisas del templo y de la torre hasta la linternilla.

Irradia el augusto santuario con igneos esplendores que en lucentes ondas salen por las ventanas, y los árboles de fuegos artificiales, al rededor de los cuales saltan gárrulos y alegres los muchachos, anuncian con prolongado chirrido que pronto estallarán en truenos y lluvia de luces de colores.

María Teresa era una guapa zacatecana llena de juventud y de vida. Hija única de Don Antonio Sifuentes, rico propietario que debía á las bonanzas mineras la mayor parte de su fortuna. Ella y su hermano Alfonso habían formado hasta entonces el encanto de un hogar feliz; Doña Carmen, su madre, los amaba con frenesí; y aquella exquisita ternura, no regulada por la razón, habíales perjudicado en su educación. La soberbia hermosura física de María Teresa no correspondía á su belleza moral, que quizá bien dirigida hubiera alcanzado el alto nivel de aquella. Rubia, alta, bien formada, vigorosa, de tez blanca y tersa, ligeramente sonrosada, ojos garzos, grandes y rasgados, de arrogante y altiva mirada, nariz perfectamente perfilada, bajo la cual sonreía una boca hermosa y pequeña. María Teresa, mimada hasta la

exageración por su madre y muy querida de su padre, que nada le negaba, había crecido en el hogar, lo mismo que su hermano Alfonso, satisfaciendo siempre hasta sus menores caprichos. Doña Carmen era de carácter suave y apasionado; no conocía el mundo, casóse muy joven: la víspera de su boda todavía eligió entre sus muñecas las que debían acompañarla á su nuevo hogar. Para ella el mundo y toda la felicidad reducíanse á sus hijos y á su esposo, á quienes no á su hubiera trocado por ángeles del cielo. Naturalmente buena, jamás pensó que pudieran malas pasiones germinar en el corazón de sus hijos. D. Antonio, por el contrario, era hombre de poderosa energía y de violentas pasiones; amaba ó aborrecía con todas sus fuerzas, casi nunca había para él términos medios, siempre estaba en los extremos. Habíase propuesto ser rico y se dedicó al trabajo y á las especulaciones mercantiles con todo el ardor de su vigoroso carácter y el buen éxito coronó en breve tiempo sus esfuerzos. Amaba entrañablemente á su familia; pero los negocios devoraban su tiempo, y el que consagraba á su hogar era para el descanso y la expansión de sus afectos, y no para la educación de aquella. De esta suerte los hi-

jos del rico banquero, abandonados á preceptores que instruyen pero no educan y que cuando están bien remunerados suelen disimular los defectos de sus discípulos, crecieron sin que oportunamente se arrancaran de sus corazones las pasioncillas de niños generadoras de las grandes pasiones del hombre.

María Teresa era orgullosa y muy superficial en todo; Alfonso, acostumbrado desde niño á estudiar poco y vagar mucho, acabó por no estudiar nada y vivir en blando ocio. El señorito trasnochador empedernido, sin que sus padres lo supieran, pues tenía su cuarto en el piso bajo de la casa, muy lejos de la alcoba conyugal; se levantaba á las doce del día, lavábase, vestíase, perfumábase, subía al comedor, tomaba un frugal desayuno, estaba en el despacho de su padre, entrada por salida, é íbase luego á las elegantes cantinas á tomar aperitivos y á charlar con sus numerosos amigos. Su padre comía siempre á la hora de costumbre, y rara vez estaba allí Alfonso; Don Antonio atribuía tal ausencia al poco tiempo que mediaba entre el desayuno de Alfonso y la hora de comer, y si preguntaba después si había comido ya su hijo, el mozo, obedeciendo la consigna, contestaba siempre: Comió y vol-

vió á salir. La madre callaba las más veces, y si alguna reprendía dulcemente á su hijo por su ausencia, éste, que conocía á maravilla el carácter y el corazón de su madre, la acariciaba, la besaba con ternura, y la amante madre, inundada de gozo, olvidaba todo.

Alfonso se había apartado en aquellos momentos de su familia, y conversaba afectuosamente con un joven de su edad, moreno, de negro y sedoso bigote, fisonomía enérgica y expresiva y penetrante mirada.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Guillermo? preguntaba Alfonso al joven.

—Tengo una preocupación: soy antipático á tu papá.

—Preocupación sin duda es, y debes desecharla y para que de una vez triunfes de ella, te invito formalmente á una tertulia que tendremos en casa esta semana. ¿Irás?

—Iré si puedo; con todo, te agradezco la invitación.

—Nada, nada; cuento contigo, de lo contrario tendré suficiente motivo para dudar de tu amistad. Adiós.

Guillermo no respondió, pero escapóse de su pecho un suspiro apenas perceptible.

Alfonso se unió á su familia que tomaba ya el camino para bajar á la ciudad. Entre Guillermo y María Teresa cruzóse una mirada, furtiva la de ésta, profunda y apasionada la de aquel, mirada que sólo observaron dos grandes ojos negros fijos con insistencia en Guillermo, éste volvió el rostro atraído por el imán de aquellos ojos, y distinguió entre la muchedumbre á una morena joven de angelical dulzura y expresivo semblante, quien no apartaba de él aquellos luceros sombreados por luenga é hirsuta pestaña de vivísimo negro.

—Aldiós, Lupe, dijo Guillermo, mirando á la joven y bajó la montaña preocupado y pensativo sin perder de vista á María Teresa.

II

Entraba á raudales la luz de la mañana por las abiertas ventanas, de una casita alegre y pintoresca; trinaban los enjaulados canarios saltando jubilosos, y las macetas del patio y del corredor, frescas y lozanas exhalaban el aroma de sus flores al sentir el blando beso del céfiro. Lupe empinada sobre las puntas de

los pies ponía hojas de lechuga en las doradas jaulas de los pajarillos y los mimaba tronando la lengua en el paladar. Aleteaban los canarios como correspondiendo á las caricias de su ama, y lanzaban al aire más vigorosos sus cantos.

Lupe, después de proveer abundantemente á los pajarillos, quedóse un momento contemplándolos; luego suspiró y una lágrima rodó por sus mejillas. Sentóse en un banco del corredor y estuvo largo rato abstraída. Sacóla de su abstracción la voz de su madre que le dijo:

—Ea, hija mía. ¿Qué tienes? Estás enferma?

—No, mamá, pensaba... ya no sé ni lo que pensaba. ¡Soy tan distraída!

—Voy á misa á Santo Domingo, van á dar la última llamada; tú despacharás á Paula al mercado, le encargarás lo que quieras, lo que desees comer, pues comes tan mal que ya voy creyendo que estás enferma.

—No, mamá; no te preocupes, me siento enteramente bien.

—¡Quiera Dios, quiera Dios! Ya vuelvo.

Lupe pertenecía á distinguida familia, era hija única; huérfana de padre desde muy niña, había crecido al lado de su

madre, Doña María, que la amaba con toda su alma. Los bienes raíces que heredaron bastaban para vivir con relativo desahogo; además, Lupe, que tocaba el piano bastante bien, daba algunas lecciones que le producían lo suficiente para cualquier gasto extraordinario é imprevisto.

Tan luego como salió Doña María, Lupe se dirigió á la sala, sin cuidarse de cerrar la puerta del zaguán y maquinalmente se sentó en el banquillo del piano. Conociáase que el instrumento hacía días que estaba cerrado, pues cubría la tapa del teclado una tela de fino polvo. Lupe contempló el magnífico "Steinway," y como si quisiera hacerle confidente de sus más íntimos secretos, sin reflexionar, escribió con el índice sobre la empolvada tapa con gruesos caracteres, este nombre: "Guillermo." Luego arrepentida, como si hubiera cometido un pecado, volvió el rostro á todas partes para ver si alguien la había observado, y cerciorada de que estaba sola, borró precipitadamente el nombre con las puntas del delantal. En seguida, como si la inspiración bullera en su alma, al calor de un dulce recuerdo y se desbordara con potente empuje, abrió el piano y arrancó á las teclas

suavísimos sonidos. Tocaba la romanza sin palabras de Mendelssohn: "Pasión", tan expresivamente y con sentimiento tan hondo, que el corazón más duro hubiera sentido todo el vigor de la emoción estética. Al concluir la pieza entre un torrente de vibrantes y apasionadas notas un nutrido aplauso resonó en la sala. Lupe, que se creía sola, se estremeció y palideció de susto como si hubieran sido descubiertos los secretos que había confiado al piano. Volvió la demudada faz y exclamó al ver á su madre y á Guillermo que la aplaudían:

—¡ Ah son ustedes; buen susto me han dado!

—Ay, hija! Te hallas extremadamente nerviosa, te lo he dicho, estás enferma.

—Lupe, debe usted sentirse satisfecha; ha tocado perfectamente esa romanza, díjole Guillermo tendiéndole la mano.

La joven nada contestó; estrechó maquinalmente la mano que se le ofrecía, y tímula y turbada retiróse á la cabecera de la sala, y casi desfallecida dejóse caer en el sofá. Guillermo nada observó, iba también preocupado.

—Aquí tienes al desertor, exclamó Doña María sentándose junto á su hija y

asiendo con familiaridad de la mano á Guillermo. Le he encontrado al salir de misa y me le he traído.

—En efecto, ya es un milagro ver á usted por aquí.

—Tiene usted razón, pero como prueba de mi sincero arrepentimiento vengo á desayunarme con ustedes ¿Quedo absuelto?

—No, respondió Lupe sonriendo; porque no ha vuelto vd. al redil por su propia voluntad, sino por la invitación de mamá. Se suspende, pues, la absolución hasta que dé más eficaz prueba de enmienda.

—Sea como usted quiere.

—¡Paula, Paula! gritó Doña María saliendo al corredor, otro chocolate más, se desayuna aquí Guillermo.

Antigua y firme amistad unía al joven con Doña María y su hija; el padre de ésta y el de aquél habíanse querido como hermanos, y Lupe y Guillermo habían sido compañeros en sus infantiles juegos; tuteábanse antes, pero apenas la hermosa joven entró á la pubertad, revelóse en su alma vivísimo el sentimiento del pudor, y no pudo ya tutear al niño, que trocado en vigoroso joven, ostentaba con varonil orgullo el sedoso bello del primer bigote.

Guillermo en el paterno hogar había crecido en condiciones diversas á las de Alfonso. Acostumbráronle desde muy niño al trabajo, y aunque su padre disfrutó por muchos años de posición pecuniaria más que desahogada, jamás descuidó en lo más leve la educación de su hijo. Acostumbróle al estudio y al constante trabajo, y su único anhelo fué siempre que cuando él le faltara se bastase á sí mismo, y la paternal previsión aseguró el porvenir del hijo. Guillermo desarrolló su buen talento con el estudio y la observación y vigorizó su carácter con el trabajo y el cumplimiento de sus deberes. Sóbrio, discreto y juicioso, no le costó gran esfuerzo dominar los ímpetus y turbaciones que ciegan al espíritu, y aunque por su empleo y conveniencias sociales, tenía que tratar frecuentemente con gente viciosa y perversa, los buenos hábitos habían sido impenetrable coraza que hasta entonces conservábanle indemne. Su padre, Don Justo Fernández, murió arruinado á causa de un ruidoso litigio que sostuvo con D. Antonio Sifuentes, pleito que á la postre perdió con costas dejándole sin un peso, pues su adversario le exigió con encarnizamiento el pago de todo. Jamás se supo con certeza quién tenía la

justicia en aquel litigio, pues estuvieron siempre divididas las opiniones de los abogados y aun de los jueces que fallaron. No podía Guillermo encontrarse mejor preparado para aquel golpe: había adquirido una educación mercantil completa, y fuéle fácil hallar buena colocación; en el almacén de Don Ignacio Minjares, donde trabajaba, guardábanle las mayores consideraciones y en prueba de confianza se le nombró cajero.

Pocas palabras se habían dirigido Guillermo y Lupe, cuando Paula anunció que el chocolate estaba en la mesa.

—Al comedor, exclamó Doña María, están ustedes hoy poco expansivos, quizá el desayuno disipe esa tristeza. He leído que después del pecado no hay en la tierra mayor mal que la tristeza, y paréceme que quien tal cosa escribió tiene razón sobrada.

Lupe se esforzó por sonreír y Guillermo repuso:

—En efecto, estoy triste.

Sentáronse á la mesa y Doña María preguntó á Guillermo la causa de su melancolía.

—Alfonso me invitó con instancia á la tertulia que habrá en su casa esta semana, y aunque deseo ir, temo que Don Antonio no me reciba bien. Creo que no

me quiere; tal vez no ha olvidado el renido litigio que hace años sostuvieron papá y él, y alcance aún hasta mí el rencor que tuvo para con mi amado padre.

—Don Antonio es hombre de vehementes pasiones, repuso Doña María; pero en el fondo es bueno; y creo que habrá ya olvidado esa antigua cuestión judicial, con mayor razón cuanto que salió victorioso, bien fuera por las influencias que puso en juego, bien por la habilidad de su abogado, por otra parte ¿qué tienes que ver tú con un pleito ya terminado?

—Sin embargo....

—Yo creo, dijo Lupe, que lo que menos preocupa á Guillermo es esa contienda judicial; le conozco desde niño y sé leer en sus ojos lo que tiene en el corazón.

—Y bien Lupe, ¿qué ha leído usted?

—Un nombre.

—¿Un nombre?

—Sí, el nombre de una joven.

—¿Bonita?

—Creo que sí.

—¿Podré saber cuál es?

—María Teresa, dijo Lupe con trémulo

la voz y haciendo heroicos esfuerzos por dominar la emoción.

Guillermo bajó los ojos y quedóse meditando.

—¿Te gusta esa joven? preguntóle Doña María.

—La quiero, murmuró Guillermo.

Lupe ahogó un suspiro, y sintió que una onda intensamente fría inundaba su corazón; pero tuvo bastante fuerza de voluntad para sobreponerse á su dolor, y disimuló con suma habilidad aquel golpe que, aunque esperado le fué en extremo sensible.

—¿Por qué no le habla usted? dijo Lupe con tal tranquilidad que superaba á la verdadera. ¿Podrá ella encontrar otro hombre más digno de su amor?

—Eso dice usted por la sincera amistad que nos une.

—No, Guillermo; no juzga en este negocio la apasionada voz de los afectos, sino el recto juicio que suele ver lo porvenir con la misma claridad que lo presente.

—Bien dices, hija mía, Guillermo tiene todos los elementos para conquistar nombre y fortuna, y no está contaminado de los defectos propios de los jóvenes.

—¡Lisonjeras! Pero ¿no ven ustedes

que María Teresa es riquísima, y yo un pobre que apenas empiezo mi carrera comercial?

—Y de escalón en escalón llegarás hasta la cumbre: el trabajo es empezar.

—Anímese usted. María Teresa será vencida.

—Irás á la tertulia, irás.

—Sí, yo se lo suplico á usted

—Iré, con una condición.

—¿Cuál?

—Que ustedes también asistan.

—Llevábamos, repuso Doña María, íntima amistad con Da. Carmen antes de su matrimonio, la he sostenido después no tan íntima; sin embargo, supongo que nos invitarán.

—Alfonso me ha dicho que las invitará; tiene gran interés en que vayan... y yo sospecho.

—¿Qué sospechas?

—Que Lupe le ha trastornado la razón. Está loco por ella.

Lupe volvió á sentir con mayor intensidad aún, el frío que penetraba hasta la más recóndita fibra de su corazón. En aquella mañana, en menos de una hora, en unos cuantos momentos, su carácter se había vigorizado. ¡Tan grande es el poder del sufrimiento!

Como el glacial aire del Norte trueca

el líquido en sólido, las lágrimas de Lupe congeladas, no salieron por sus ojos, sino que una á una cayeron dentro de su pecho.

—Iremos, exclamó irguiendo con altivez la hermosa cabeza. Por intuición inexplicable comprendió que empezaba para ella una lucha terrible; que tenía que salvar á Guillermo de muchos peligros, que era necesario estar cerca de él.

El desayuno terminó; aproximábase la hora en que Guillermo debía estar en el almacén, y se despidió cariñosamente. La voz de Lupe era tranquila; nadie hubiera creído que su alma había librado una tremenda batalla. |

III

Reúnese la flor y nata de la sociedad zacatecana en el salón, ricamente amueblado, de la elegante casa del señor Sifuentes. Este y su hijo van de uno á otro lado, atendiendo á todos con finura y amabilidad. En el corredor óyense afinar los instrumentos, y en el espléndido tocador, contiguo á la sala, varias jóvenes arréglanse los trajes ó los peinados en frente de grandes y biselados espejos,

mientras que algunas de las mamás contemplan satisfechas la hermosura y las galas de sus hijas. Con aquellas está Da. Carmen, luce rico traje de terciopelo negro, que contrasta admirablemente con la plateada cabeza de la bella dama, á quien las canas sientan perfectamente; ciñe su cuello collar de gruesas perlas é irradian los brillantes en sus aretes y pulseras. Aún hay vestigios de juventud en aquel rostro de atractiva suavidad.

Dos jóvenes llaman entre todas la atención general: María Teresa y Lupe. El gallardo y airoso cuerpo de aquélla, yérguese luciendo traje rojo con aplicaciones crema, y por único, adorno, en el alto peinado, una cinta de terciopelo negro, prendida con valioso broche de brillantes. La hermosa rubia agita con doñaire el abanico, sostenido por un doble hilo de corales. Lupe viste de blanco, y aquellos ojos negros, de profunda mirada, parecen bañarla de luz: lleva en la cabeza, graciosamente prendido, un blanco crisantemo.

Alfonso, acompañado de Guillermo, acércase en esos momentos á su hermana.

—Te presento, le dice, á uno de mis mejores amigos.